

## Midiendo el Desarrollo Económico: Más allá del *Fetichismo* del Crecimiento

Simón Accorsi O.<sup>1</sup>

Maite Azúa

Valentina Vergara

### 1. La necesidad de ampliar la mirada en los indicadores de desarrollo económico

¿Qué pasaría si definiéramos el progreso económico de nuestra sociedad no por el valor monetario de las mercancías y servicios que consumimos sino por la calidad de vida que creamos en nuestro entorno social y ecológico? ¿Qué pasaría si logramos tener una mejor perspectiva del progreso económico y fuésemos capaces de distinguir entre el progreso económico genuino y el mero crecimiento económico? ¿Qué pasaría si contabilizáramos los “costos invisibilizados” del crecimiento económico? ¿Qué pasaría si midiéramos nuestro bienestar económico desde el punto de vista de la sustentabilidad ecológica de largo plazo y reconocemos que la venta de nuestros recursos mineros implica también una *pérdida de ingresos* que no es contabilizada en el PIB?

Los economistas suelen utilizar el PIB y el PIB per cápita como una medida de bienestar y progreso. Se asume que países con un elevado crecimiento del PIB per cápita exhiben mayores niveles de bienestar, a pesar de que el PIB no distingue si este crecimiento se origina por inversiones en nuevas escuelas u hospitales o se debe a mayores gastos en psicofármacos, armas o en limpiar los desechos tóxicos ocasionados por la producción de celulosa o por las faenas mineras.

Nuestra sociedad vive enajenada en el *fetichismo* del PIB. Un fetiche es una figura o imagen que representa a un ente sobrenatural al que se adora, rinde culto y al cual se le atribuye el poder de gobernar a las cosas o las personas. El origen de la palabra se remonta al vocablo latín “*ficticius*” (artificial, ficticio) aunque otra versión indica que la palabra proviene del vocablo portugués “*feitiço*” (hechizo). Ambas versiones describen de manera adecuada la actual situación. El PIB ha pasado a ser una abstracción artificial a la que se rinde culto y a la que cual subordinamos nuestras acciones y conductas, y que nos mantiene *hechizados* con su promesa de bienestar y progreso. La profesión económica se ha entregado al fetichismo del PIB tomándolo como *el* indicador para medir el progreso de un país y su grado de desarrollo. Esta elección tiene consecuencias ya que define y moldea el espacio de políticas económicas y el diseño de políticas públicas.

Pero el desarrollo económico debe ser entendido desde una perspectiva amplia que incluya las interrelaciones entre cuatro dimensiones fundamentales: (i) crecimiento económico, (ii) bienestar humano, (iii) reducción de las desigualdades y (iv) sustentabilidad ecológica. El PIB se ocupa sólo de la primera dimensión y por ende al asimilar desarrollo con crecimiento económico, la señal es clara: “A mayor PIB (per cápita), mayor desarrollo”.

---

<sup>1</sup> Economista, Universidad de Chile. Profesor Asistente – Departamento de Derecho Económico, Facultad de Derecho, Universidad de Chile. E-mail: [saccorsi@derecho.uchile.cl](mailto:saccorsi@derecho.uchile.cl)

Esta mirada estrecha olvida las restantes tres dimensiones fundamentales del desarrollo y por ende tampoco es capaz de analizar las relaciones entre dichas dimensiones, por ejemplo, entre crecimiento económico y bienestar o crecimiento económico y sustentabilidad ecológica. O la tríada relacional más compleja de “crecimiento económico – desigualdad – sustentabilidad ecológica”.

Por ende, medir el desarrollo económico de una manera más adecuada implica contar con un indicador que como condición básica cumpla con integrar las cuatro dimensiones mencionadas. Esto es justamente lo que hacen una serie de índices tales como el “Índice de Bienestar Económico Sostenible” (IBES) y el “Indicador de Progreso Genuino” (IPG).

### 1.1 Más allá del PIB

El Producto Interno Bruto (PIB) mide el valor monetario de la producción de bienes y servicios finales en una economía. Es una medida del valor de la producción agregada de un país y al dividirlo por el número de habitantes se obtiene el *PIB per cápita*. Los economistas, y la mayoría de la población han asumido que el PIB es el mejor indicador para medir el bienestar de un país. Sin embargo ya en la década de 1930, Simon Kuznets, creador del Sistema de Cuentas Nacionales que da origen al PIB, resaltaba la imposibilidad de inferir el bienestar de una nación a través de un indicador como el PIB. De existir metas de crecimiento, señalaba Kuznets, “estas deberían especificar más crecimiento de qué y para qué”, planteando que el crecimiento económico debe ser capaz de producir más “bienes” que “males” para que sea capaz de aportar al bienestar de una nación. Además de esta advertencia premonitrice, son numerosos y crecientes los cuestionamientos que se realizan al PIB. Sin embargo, estas críticas bien fundamentadas no han logrado trasladarse al ámbito del diseño y elaboración de las políticas públicas.

El primer problema con el PIB es que supone que el *valor* se encuentra sólo en las actividades a las que es posible asignar un *precio*, es decir, deja fuera de su medición a todas las actividades realizadas que ocurren fuera del mercado o que no se les asigna un precio a través de este mecanismo. Pero existen actividades *valiosas* para la sociedad que al no ser remuneradas no son contabilizadas en el PIB. El ejemplo más evidente es el trabajo que realizan las personas en el hogar, en particular las mujeres. Este trabajo doméstico – al igual que las actividades de cuidado y voluntariado - no se incluyen en el PIB ya que no tienen una “valoración de mercado”.

El PIB tampoco considera la distribución del valor producido. Como sintetiza la antipoesía: “*Hay dos panes. Usted se come dos. Yo ninguno. Consumo promedio: un pan por persona*”. Esto nos indica que en su versión *per cápita*, el PIB no puede ni debe ser considerado como un buen indicador de desarrollo ya que no considera la distribución de los ingresos en un país. A modo de ejemplo, consideremos dos países con un mismo nivel de PIB per cápita, pero en el país A, el 10% del flujo total de ingresos va a parar a manos del 1% más rico mientras que en el país B, el 30% del flujo total de ingresos va a parar al 1% más rico, ¿Cuál de los dos países está más cerca del Desarrollo? La pregunta seguiría siendo pertinente aún si el país A tuviera un menor PIB per cápita que B o si hacemos el ejercicio para un mismo país en dos momentos temporales distintos. Por otro lado, la desigualdad además puede inducir mayores gastos improductivos como seguridad, armas, guardias, alarmas, y un largo etcétera.

En otra dimensión de críticas relevantes, se argumenta que el PIB no tome en cuenta ni siquiera su sostenibilidad financiera. Como señala Martínez-Alier y Roca: “*Una economía puede tener un gran crecimiento del PIB pero estar endeudándose respecto al exterior de forma insostenible o estar creciendo gracias a un ficticio aumento de los precios de los activos financieros o inmobiliarios. Así,*

*es incapaz de avisarnos si el crecimiento es o no sostenible incluso a corto plazo y desde un punto de vista estrictamente económico”.*

Por otro lado, el PIB mide de manera incorrecta los ingresos o la riqueza de países abundantes en recursos naturales como Chile, ya que no cuantifica las pérdidas de capital natural y el agotamiento de los recursos naturales. Por el contrario, el PIB considera erróneamente como un ingreso neto las pérdidas de patrimonio natural tales como un menor stock de recurso minero. Veremos que para el caso chileno esto resulta clave.

Finalmente, una crítica desde las ciencias ecológicas se refiere a los impactos ambientales del crecimiento económico a través del concepto de “gastos defensivos” o “gastos compensatorios”. Estos gastos son aquéllos que se deberían realizar para proteger o “compensar” a los ciudadanos por los perjuicios atribuibles al crecimiento económico e incluyen los gastos en que se debe incurrir para proteger y mantener un nivel sustentable de nuestro entorno natural.

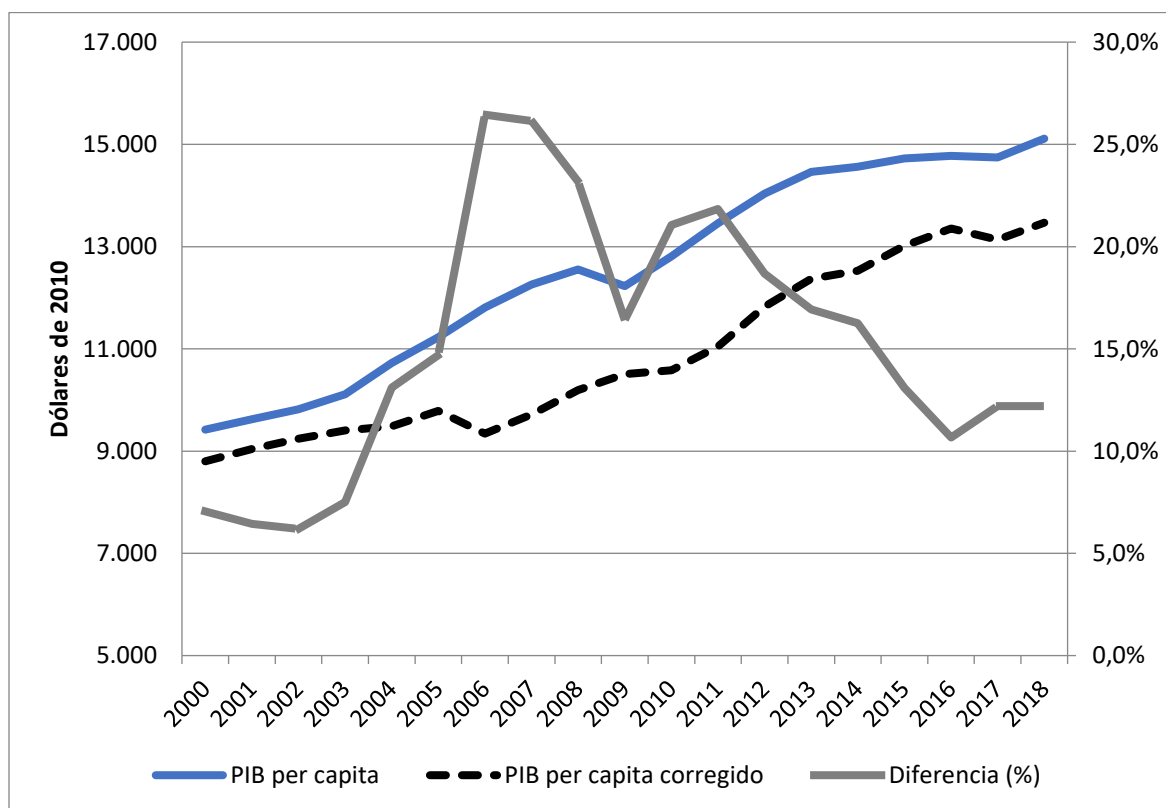
## 1.2 Una primera (y necesaria) corrección: la pérdida de capital natural

En el nivel más básico, esto es, desde la perspectiva de una medición adecuada de los ingresos, la primera corrección que se debe hacer al PIB es restar la pérdida ocasionada por el excesivo agotamiento de nuestros recursos naturales no renovables. Esa pérdida de stock es posible convertirla en una pérdida de *ingresos* y corresponde a lo que en economía se denomina *renta económica*. Una explotación óptima del recurso no generaría pérdida de ingresos, pero la sobre explotación del recurso natural disminuye el valor del total generado. En un problema de optimización esta senda de extracción *no maximiza* el valor total que podría generar el recurso no renovable. En términos coloquiales esto significa “*Pan para hoy y hambre para mañana*”.

El punto central es que la venta de un activo (un monto de capital natural por ejemplo) no debe considerarse como ingreso si dicha venta reduce la capacidad de generar ingresos en el futuro. Hacer eso conduce a conclusiones erróneas respecto al verdadero ingreso, ya que la fuente misma de dicho ingreso disminuye con la extracción. Por ello una primera corrección al PIB y que debe incorporarse en la construcción de un indicador de bienestar económico sostenible es considerar la pérdida del flujo de ingreso anual ocasionada por el agotamiento de los recursos naturales no renovables. Para el caso chileno, justamente el mayor componente que se resta para obtener el IBES es la renta minera, es decir, la pérdida de ingresos originados por la pérdida *irrecuperable* del capital natural.

Esto tiene una enorme relevancia para países como Chile, altamente dependientes de recursos naturales no renovables. Tal como muestra la figura 1 la corrección es considerable con diferencias que alcanzan el 25% en algunos períodos. Al realizar esta corrección, Chile deja de ser el país con mayor PIB per cápita de la región, cayendo al tercer lugar por detrás de Argentina y Uruguay.

Figura 1: PIB per cápita corregido por pérdida de ingresos debido al agotamiento del recurso natural no renovable



## 2. El Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES)

Por las falencias antes mencionadas, debe resultar obvio que un aumento del PIB no se traduce necesariamente en mayor bienestar y que son necesarios indicadores más completos para medir el bienestar de los países.

El IBES en su versión más conocida fue desarrollado originalmente por el economista Hermann Daly y el teólogo John B. Cobb para Estados Unidos con un doble propósito: por un lado, la necesidad de reevaluar al PIB como indicador de progreso y por otro, reconocer que las políticas económicas y la forma estructural del desarrollo económico suelen empeorar nuestro nicho ecológico.

Al analizar la evolución del IBES y el PIB para varios países desarrollados aparece una tendencia reveladora: hasta las décadas del 70'-80' ambos indicadores se movían a la par, mientras que con posterioridad se observa que siguen caminos divergentes, ya que mientras el PIB exhibía una senda de crecimiento sostenido, el IBES se estancaba y en muchos casos decrecía. Esto llevó al economista chileno Manfred Max-Neef a plantear la denominada "Hipótesis del Umbral" según la cual "para toda sociedad parece existir un periodo para el cual el crecimiento económico (tal como

convencionalmente se mide) lleva consigo una mejora en la calidad de vida, pero sólo hasta cierto punto —el punto umbral— más allá del cual, si se da más crecimiento económico, la calidad de vida podría empezar a deteriorarse”. Es por ello que se ha acuñado el concepto de “crecimiento antieconómico” (*uneconomic growth*) para hacer referencia a esta situación y plantear que existe una “escala óptima” de actividad económica en contraste al paradigma dominante de “cuanto más, mejor”.

Al parecer esta relación también se observa a nivel de los individuos. Diversos estudios que recogen datos de encuestas de satisfacción con la vida a nivel mundial, muestran que más allá de cierto umbral, los ingresos adicionales no contribuyen a una mayor felicidad o bienestar. Los ingresos adicionales tienen retornos marginales decrecientes respecto al bienestar: más ingresos no contribuyen a disminuir los “estados emocionales negativos” y de hecho se encuentran asociados a mayores niveles de stress. Estas investigaciones reflejan que la relación entre crecimiento económico y bienestar/calidad de vida no es tan directa como se suele suponer.

La idea central del IBES es incorporar las dimensiones económicas, medioambientales y sociales en un marco teórico coherente para medir de mejor manera el progreso y el bienestar. Así, el IBES incluye ajustes por la distribución del ingreso, el agotamiento y pérdida de los recursos naturales, el daño medioambiental y el valor del trabajo doméstico entre otras correcciones.

En términos generales, la metodología y lógica para calcular el IBES utiliza como punto de partida el consumo personal, y luego se realizan una serie de ajustes para reflejar los aspectos previamente discutidos. Estos ajustes se dividen en cuatro grandes categorías.

En primer lugar, se contabilizan lo que se denomina “gastos defensivos”, que son aquellos gastos necesarios para “defendernos” de los subproductos indeseados de la producción económica. En segundo lugar se consideran los costos (o la pérdida de ingresos futuros) ocasionados por el deterioro o agotamiento de la naturaleza o de nuestros recursos naturales. Esto tiene particular importancia para el caso chileno ya que la pérdida de recursos naturales no renovables es por definición irre recuperable. En tercer lugar se realiza un esfuerzo por considerar todo tipo de trabajos que aportan al bienestar humano pero que al no ser transados en el mercado no tienen un precio y por ende no son contabilizados en el PIB. Aquí se pueden considerar las actividades de voluntariado y muy especialmente todo el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (TDCNR).

Finalmente, se considera el valor económico la pérdida de capital natural. Aquí se considera el agotamiento de los recursos naturales no renovables, la degradación de los renovables y la pérdida de hábitats naturales. Este punto es sumamente importante ya que el medioambiente o capital natural tiene diversas funciones. Una primera función es netamente productiva, ya sea a través de la explotación directa - como en el caso del sector minero y forestal - o como insumo o factor de producción como ocurre con el agua en el sector acuícola. La segunda función es que opera como un receptáculo de deshechos. En otras palabras, es capaz de “absorber” los efectos perniciosos de los procesos productivos. Finalmente, el capital natural es un proveedor de “amenidades” entregando bienestar o utilidad subjetiva. De ahí la importancia de medirlo explícita y adecuadamente. Si no son valoradas las pérdidas de capital natural y peor aún, si la depredación de recursos naturales es calificada como “progreso económico” a través de indicadores agregados como el PIB, se entregan señales e incentivos erróneos para un uso económico sustentable de los recursos naturales.

En definitiva, el IBES puede expresarse de manera aproximada de la siguiente forma:

*IBES =*

*consumo personal (ajustado por desigualdad)*  
*+ gastos públicos no defensivos (salud, educación, ss. de infraestructura pública)*  
*+ valor del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado*  
*+ flujo de servicios asociados al consumo de bienes durables*  
*– gastos privados defensivos*  
*+ formación de capital*  
*– costos de la degradación medioambiental*  
*– agotamiento del capital natural*

Un indicador de este tipo, que incluye tanto los beneficios como los costos del proceso económico, provee información valiosa que permite evaluar si efectivamente los beneficios del crecimiento exceden a los costos adicionales para producir dichas mejoras materiales.

Una de las fortalezas del IBES es que permite una mirada sistémica a la hora de analizar el bienestar, ya que reconoce que el sistema económico es parte de un sistema interrelacionado mayor que incorpora a la *sociósfera* y la *ecósfera*. El IBES, a diferencia del PIB, permite identificar “sendas de sustentabilidad” entregando información valiosa para el cumplimiento de metas asociadas al Desarrollo sostenible.

Finalmente, otro aspecto positivo del IBES es que entrega fundamentos sólidos para prescripciones alternativas respecto a las políticas y estrategias de desarrollo. Al definir el desarrollo de una manera más amplia que los meros ingresos económicos, el conjunto de alternativas y posibilidades de políticas públicas deberán cambiar en función de la nueva información y los nuevos objetivos. Es de esperar que más temprano que tarde, las prescripciones de política económica tomen como guía y consideren indicadores como el IBES y sus subindicadores.

### 3. Resultados para el caso chileno

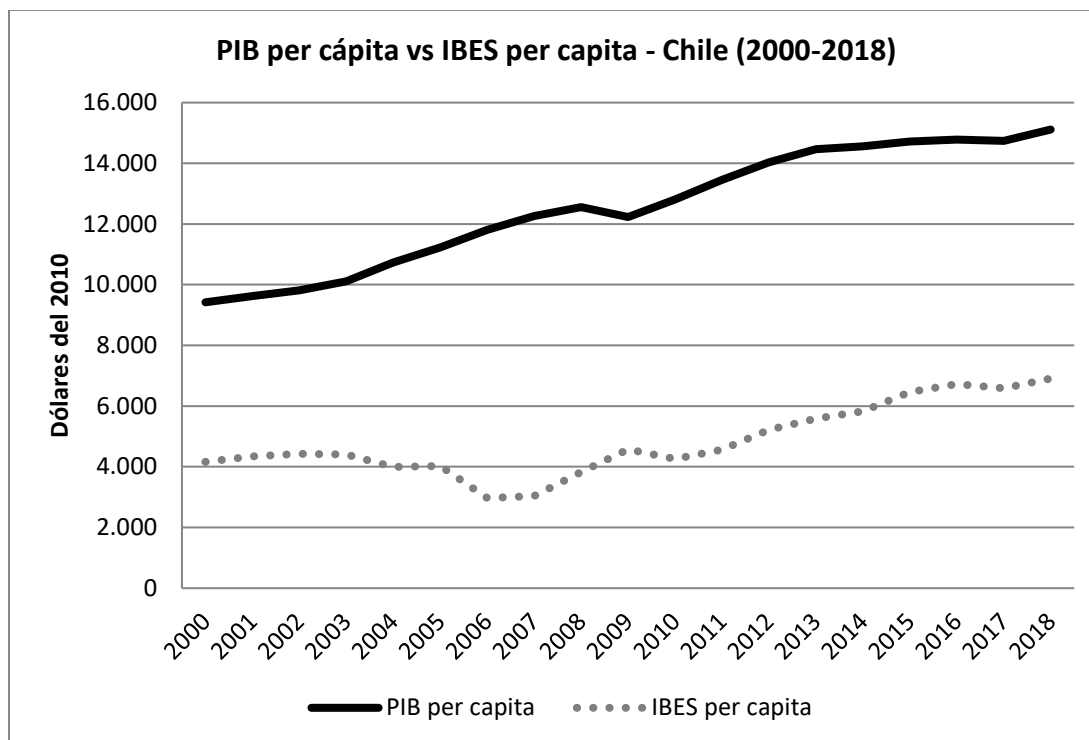
A continuación se presentan los resultados para el caso chileno. En Chile, por lejos el principal componente que aporta al IBES es el TDCNR (28% del PIB), mientras que las pérdidas debidas al agotamiento de los recursos naturales no renovables son el principal componente que se resta en el caso chileno. El valor de esta pérdida fue de un 13% del PIB en promedio, alcanzando el 20-21% del PIB para algunos años (2006-2007).

#### 3.1 Evolución del IBES y del PIB per cápita

Las figura 2 nos muestran la evolución en el tiempo del PIB per cápita y del IBES per cápita. La característica más sobresaliente de la relación entre estos dos indicadores es que aparecen períodos en que cae el IBES per cápita (2005-2007) mientras que el PIB per cápita muestra una senda de crecimiento para el mismo período. Algo similar ocurre para el período 2009-2010. De manera inversa, para el período 2008-2009 cae el PIB per cápita pero aumenta el IBES per cápita. Como se

explicará más adelante esta relación es explicada en gran medida por la contabilización en el IBES de las pérdidas de ingresos debidas al agotamiento de los recursos naturales no renovables.

Figura 2: PIB per cápita e IBES per cápita para Chile, 2000-2018



### 3.2 Una fuente de bienestar no valorada: El TDCNR

En Chile, el año 2019 las mujeres destinan 5,9 horas al día al Trabajo Doméstico y de Cuidado no Remunerado (TDCNR) mientras que los hombres aportan sólo con 2,7 horas. Así, las mujeres trabajan más horas que los hombres durante la semana (11,5 v/s 9,8) pero más de la mitad de este trabajo es no remunerado. Queda así invisibilizado el valor de una labor clave para la creación de riqueza en la economía y con ello el trabajo de millones de personas, en su gran mayoría mujeres.

Desde la década del 70', esta es una de las principales críticas de la economía feminista a la estrechez de miras al Sistema de Cuentas Nacionales. Al ser considerado como "sector económico", el TDCNR pasa a ser el más relevante de la economía duplicando por ejemplo al sector de servicios financieros y empresariales.

A pesar de eso, el Producto Interno Bruto (PIB) no considera la producción de los servicios que realizan los hogares a través del trabajo no remunerado de sus integrantes. Como se ha señalado y vale la pena recordarlo, el PIB es un indicador que se construye exclusivamente a través de la valorización de las actividades que producen bienes y servicios con un valor de cambio y transados en el mercado.

El poder contar con una valorización adecuada del TDCNR implica reconocer el aporte de este tipo de trabajo al bienestar de la sociedad y la importancia que tiene para el funcionamiento del sistema económico. Sin este tipo de trabajo simplemente no existe la posibilidad de reproducir el sistema económico y social. Por ello un indicador que pretenda medir el progreso de una mejor manera que el PIB debe necesariamente visibilizar este trabajo aunque no sea transado en el mercado con un precio explícito.

Todo esto ha sido recogido en un reciente estudio de ComunidadMujer (2019) en que se señala *“quienes hacen este trabajo, en su mayoría mujeres, llevan siglos subsidiando el desarrollo de los países. Las labores que ellas realizan tienen un precio, pero solo si las llevan a cabo personas ajenas al hogar. No hay conciencia —o si la hay, se hace caso omiso para la conveniencia de algunos y el perjuicio de otras— de que sin trabajo doméstico y de cuidado no existe la posibilidad de reproducir el sistema económico y social. Funcionar como si las y los trabajadores aparecieran de manera espontánea en sus lugares de trabajo, sin que haya habido labores domésticas y de cuidado que les permitieron renovar sus energías para desenvolverse en ese espacio, es un supuesto que carece de sentido de realidad. También lo es vivir como si no existieran responsabilidades de ese tipo en su día a día. Ambas cosas son dañinas para una sana reproducción del sistema...Por eso, es esencial ampliar la mirada y cuestionar los paradigmas instalados para adoptar otros que se sustenten en la valoración del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado y la corresponsabilidad frente a esas tareas.”*

Para el caso chileno el aporte del TDCNR al IBES es enorme, equivaliendo a un 28% del PIB. Es tan importante que de no incorporar el TDCNR para algunos años, el IBES (y por ende, el IBES per cápita) habría exhibido valores negativos para algunos años, tal como se aprecia en las figuras 2 y 3.

Figura 3: La importancia del Trabajo Doméstico y de Cuidado no Remunerado

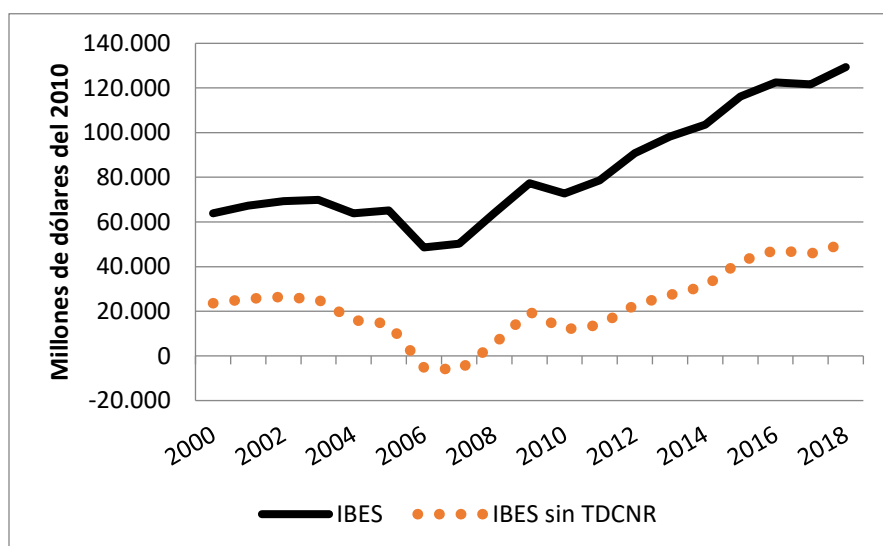
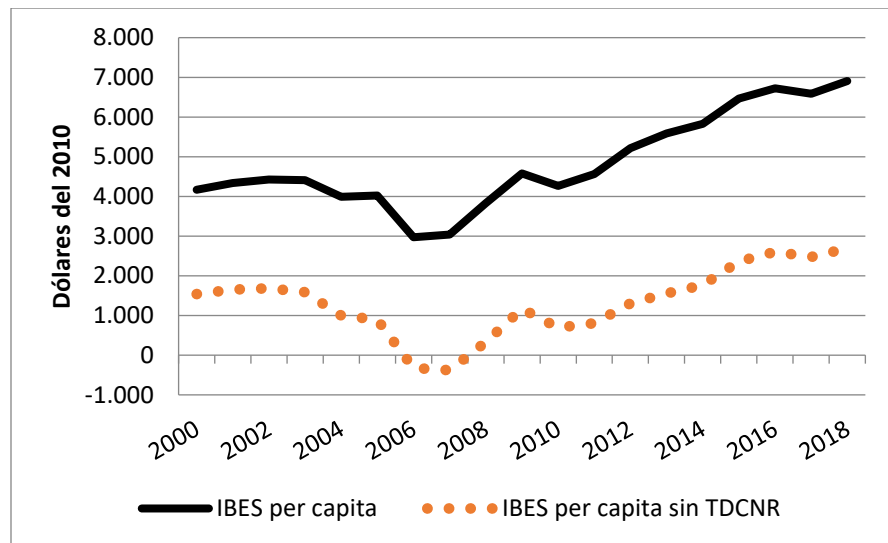




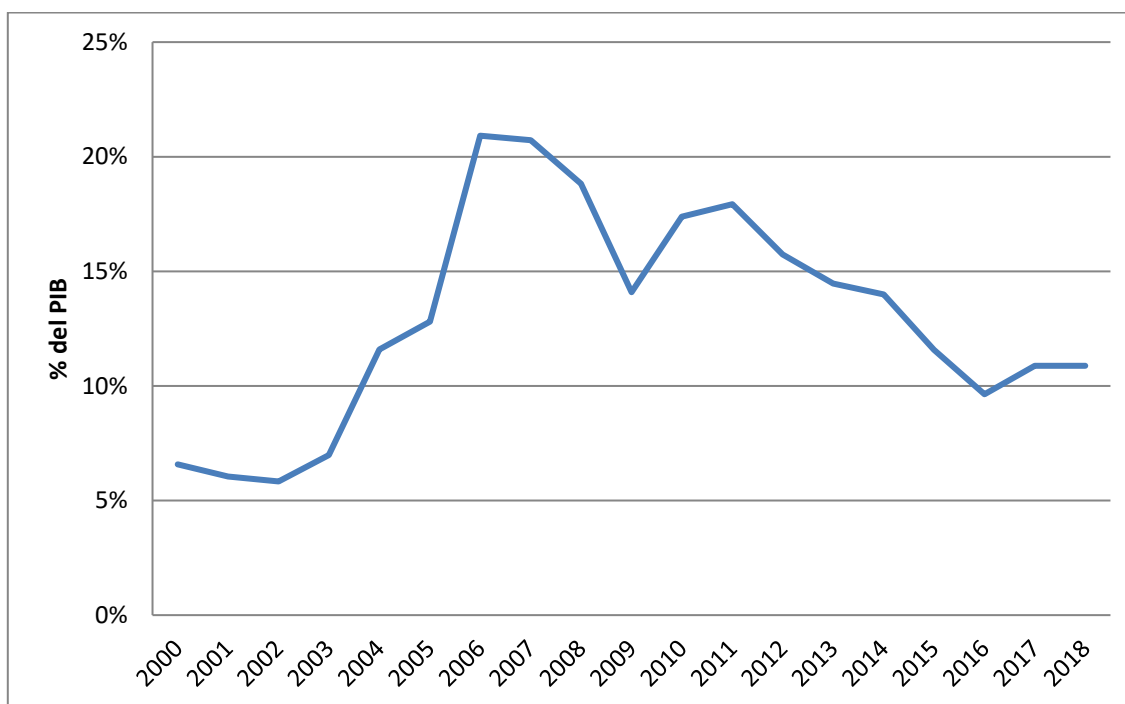
Figura 4: La importancia del Trabajo Doméstico y de Cuidado no Remunerado



### 3.3 Una pérdida no contabilizada: La renta económica

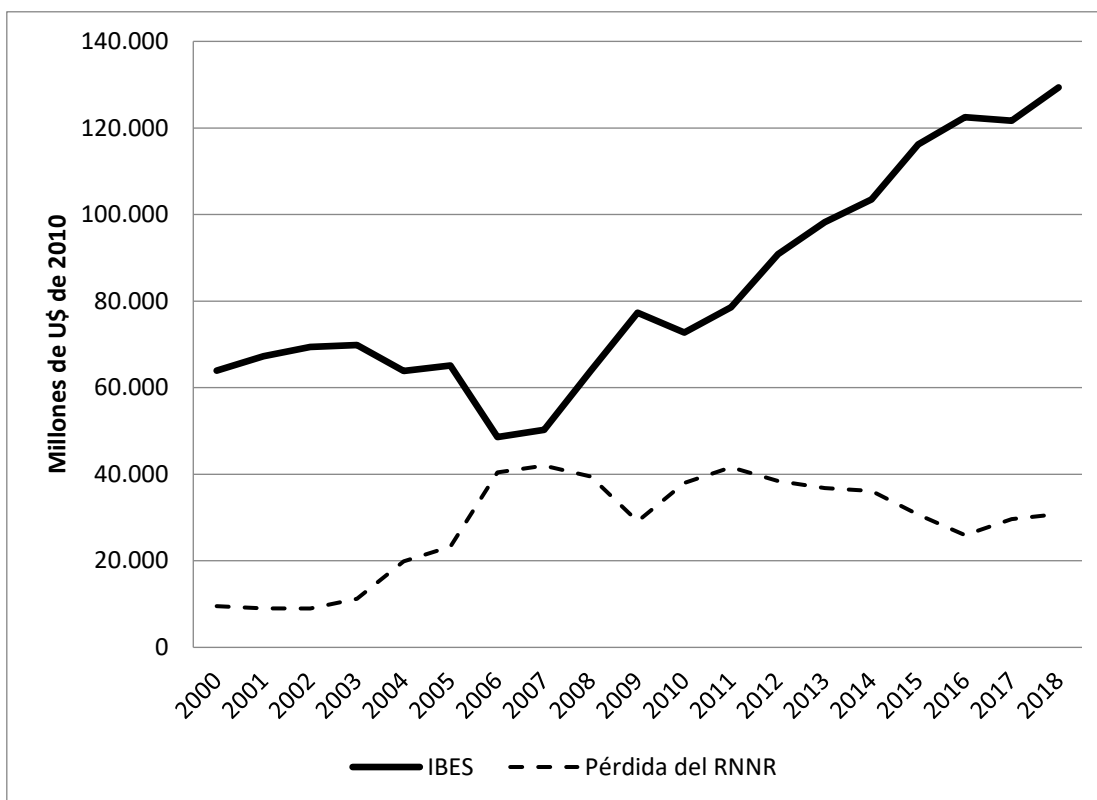
Como se ha indicado más arriba, para el caso de los países abundantes en recursos naturales es fundamental medir adecuadamente el agotamiento y degradación del capital natural si se desea contar con una medida de bienestar económico sostenible. El error del PIB es cuantificar una pérdida de patrimonio como si fuese un flujo de ingresos neto. El IBES en cambio reconoce que la pérdida de stock más allá de lo necesario, debe ser adecuadamente contabilizada con signo negativo. Al convertir esta pérdida de stock en un flujo anual obtenemos lo que en economía corresponde a la *renta del recurso natural*. En el caso de Chile prácticamente la totalidad de dicha renta corresponde a la renta del recurso mineral.

Figura 5: Pérdida de ingresos por agotamiento del recurso natural no renovable (% del PIB)



Para el período considerado, esta pérdida representó, en promedio, un 13% del PIB, alcanzando un máximo de 21% el año 2016 (figura 5). Al analizar la figura 6 resulta evidente la relación con el IBES. Para buena parte del período, cerca del 80% de las fluctuaciones en el IBES son debidas a el agotamiento y degradación de nuestro stock de capital natural, es decir estamos dejando a las futuras generaciones mucho menos de los que les corresponde, en una suerte de “ceguera ética intergeneracional”.

Figura 6: El IBES y la pérdida de ingresos por agotamiento del recurso natural no renovable

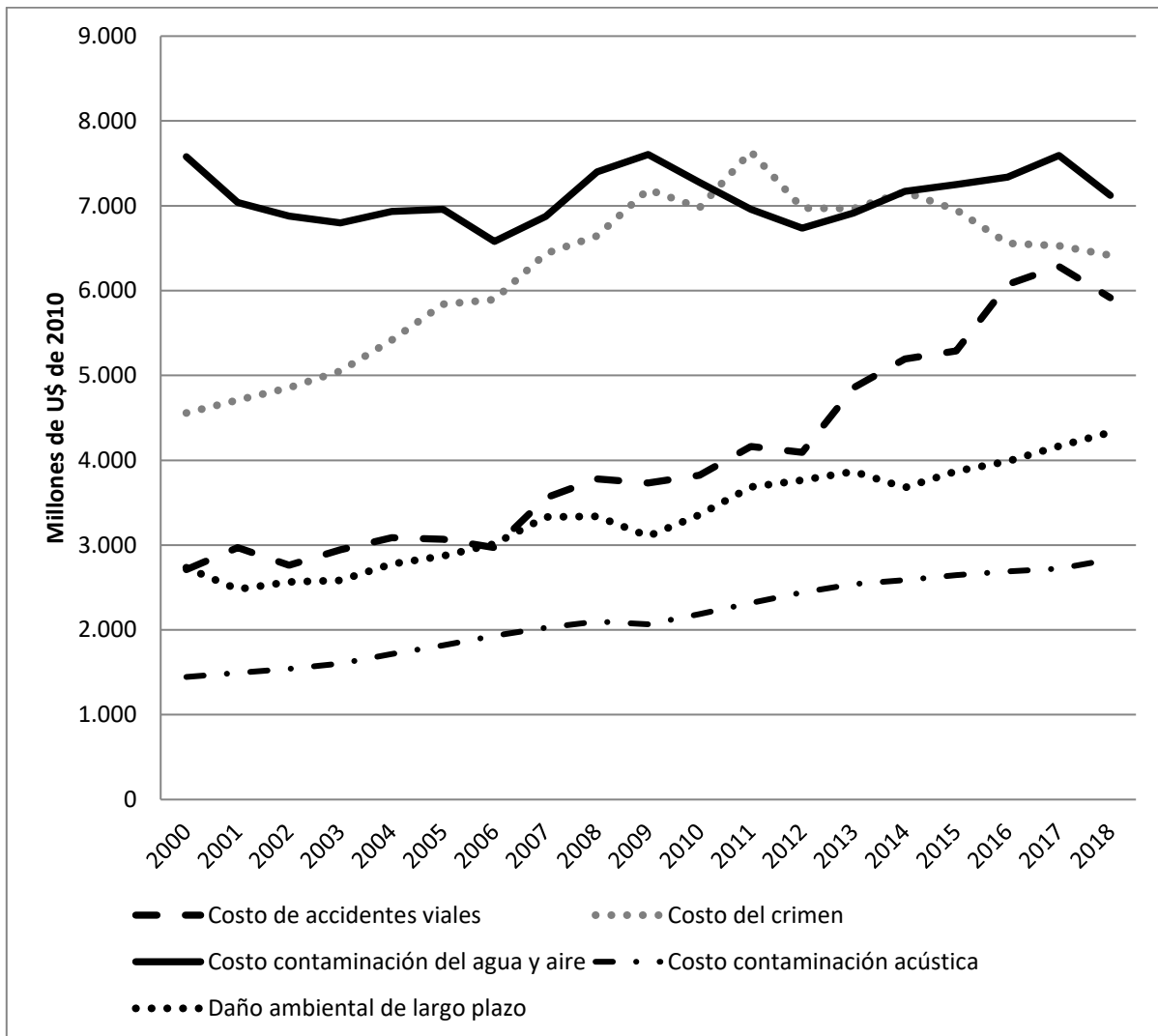


La única forma en que esta renta no sea restada o más bien la única forma de “compensar” esta pérdida, es utilizándola de modo de aumentar el stock en otros capitales que sean más escasos. En el caso específico del IBES, esto se lograría invirtiendo en capital humano, fundamentalmente educación y salud pública y en la recuperación del capital natural. También se lograría invirtiendo en medidas que disminuyan la desigualdad, en infraestructura pública (colegios, transporte urbano ciclovías, ferrovías por ejemplo) y que provean de mayor y mejor capital productivo a las MiPymes, ya que es allí donde tendría una mayor rentabilidad desde un punto de vista productivo y social.

### 3.4 Otros costos relevantes

Existen otros costos relevantes que deben ser explicitados para obtener una adecuada perspectiva de los efectos del crecimiento económico. En la figura 7 se observa la evolución de algunos de estos costos para el caso chileno. La mayoría de ellos ha crecido en términos absolutos en relación al inicio del período, a excepción de la contaminación del agua y aire que se ha mantenido relativamente constante.

Figura 7: Otros costos que disminuyen el IBES



Al medirlos en relación al PIB estos costos tienen un peso importante. Por ejemplo, para el año 2017, los costos por contaminación de agua y aire alcanzaron un 2,8% del PIB, el costo del crimen fue de un 2,4% del PIB casi igual al costo por accidentes viales (2,3% del PIB). El daño ambiental de largo plazo, medido como el costo social del CO2 alcanzó un 1,5% del PIB mientras que la contaminación acústica significó un costo de 1% del PIB. Todo ello suma un considerable 10% del PIB.

Para dar una idea acerca de cómo se realizan los cálculos, consideremos los costos de accidentes automovilísticos. La Comisión Nacional de Seguridad y Tránsito (CONASET) ha estimado el costo en que la sociedad incurre debido a accidentes automovilísticos, separando entre el daño a los vehículos y el costo humano asociado al tratamiento de las lesiones y la pérdida para la sociedad de los fallecidos. El desglose para el año 2018 se muestra en la tabla 1.

Tabla 1: Costo Social de los Accidentes Automovilísticos – Chile 2018

<b>Costo Social Total</b>	<b>% del Costo</b>	<b>% PIB</b>
Daños a vehículos	14%	0,30%
Asociados a lesionados	86%	1,86%
<b>%PIB</b>		<b>2,09%</b>

Fuente: Observatorio de datos, Comisión Nacional de Seguridad de Tránsito, 2019

Con estos datos es posible obtener un “costo promedio” de los accidentes automovilísticos que se imputa al número de siniestros de tránsito reportados por CONASET y con ello se obtiene la serie para el período completo. Se procede análogamente para cada uno de los subindicadores. Por ejemplo, la cantidad de emisiones de CO2 en toneladas se multiplican por el costo social del CO2 que es de US\$ 47 dólares por tonelada y así se obtiene el costo del daño ambiental de largo plazo.

#### 4. Implicancias para las políticas públicas

Lo que se ha analizado hasta aquí tiene importantes implicancias para la estrategia de desarrollo y para el diseño e implementación de políticas públicas. Al medir de manera adecuada el bienestar económico (sostenible) de un país se incorporan otras dimensiones que hacen más compleja la noción de desarrollo y que definen nuevas orientaciones de política económica. Aquí mencionamos algunas de estas orientaciones.

*Énfasis en la sustentabilidad ecológica.* Se debería dejar de hablar de “desarrollo sostenible”. El desarrollo o es sostenible/sustentable o simplemente no es desarrollo, ya que una senda alejada de la sostenibilidad es un callejón sin salida desde la perspectiva de la humanidad. De manera específica para Chile, esto implica que redefinamos la actual “estrategia” de explotación de los recursos naturales, incorporando criterios explícitos de sostenibilidad ecológica. En el caso de la minería un primer paso es incorporar el lema “más valor en vez de volumen” siguiendo los pasos de la estrategia definida recientemente por Nueva Zelanda. Ello implica menores niveles de explotación de concentrado, mayor duración temporal de las reservas actualmente existentes, mejores empleos y la posibilidad de aplicar ciencia y tecnología en función de esta “orientación por misión”. Implica además captar una mayor parte de la renta minera que año a año es regalada a las empresas y reinvertirla en otros tipos de capital, ya sea capital humano (salud y educación al menos), infraestructura pública para el desarrollo o mitigación del deterioro del capital natural.

*Repensar la estrategia de crecimiento económico.* Esta redefinición de la estrategia de crecimiento debe hacerse cargo de la pregunta de Kuznets, ¿Más crecimiento de qué y para qué? A la luz del IBES se necesita un cambio estructural que permita transitar hacia una economía que minimice las emisiones de CO2 y que genere menores costos asociados a la contaminación del agua y aire. Esto significa una apuesta decidida por las energías renovables no convencionales, donde el estado puede jugar un rol relevante en acelerar dicha transición, ya sea creando las condiciones institucionales adecuadas, a través de subsidios y financiamiento a la I+D, a través de *joint ventures* público-privados o desarrollando proyectos a través de las empresas públicas como CODELCO o ENAP. Significa también un proceso de cambio estructural hacia una economía donde tengan un

mayor peso los sectores *limpios*, promoviendo sectores que aumenten el IBES como educación, salud, turismo y el desarrollo de infraestructura pública.

*Énfasis en políticas que reduzcan la desigualdad.* Existe creciente evidencia acerca de los efectos perniciosos de la desigualdad para el bienestar social. Es la desigualdad, más que el nivel de ingresos lo que explica en mayor medida la presencia de problemas sociales. Se erosiona la confianza, hay aumentos de los niveles de ansiedad, inseguridad y enfermedades. Un estudio reciente que compara países de ingresos altos, concluye que para los once problemas sociales y de salud pública examinados (salud física, salud mental, consumo de drogas, educación, número de presos, obesidad, movilidad social, confianza interpersonal, violencia, embarazo adolescente y bienestar infantil), los resultados son significativamente peores en los países que presentan mayor desigualdad.

Incluso, aún si nos preocupara sólo el PIB, la evidencia empírica reciente muestra que una elevada desigualdad afecta negativamente a la tasa de crecimiento. Una mayor desigualdad induce una demanda agregada débil y acorta los períodos de expansión económica, disminuyendo la capacidad de consumo de los hogares. Uno de estos estudios indica que aumentar la participación del ingreso (“income share”) del 20% más pobre está asociado a una mayor tasa de crecimiento del PIB. Asimismo encuentran que si aumenta la participación del ingreso del 20% más rico esto se traduce en el mediano plazo en una menor tasa de crecimiento del PIB, sugiriendo que estos beneficios captados por el 20% más rico no se “derraman” al resto de la economía. Concluyen que los sectores más pobres y de clase media son los más importantes para aumentar el crecimiento y que esto ocurre a través de una serie de canales económicos, sociales y políticos interrelacionados. Desde otra perspectiva, la excesiva desigualdad puede ser el origen de desconfianzas entre las clases económicas y puede dificultar la posibilidad de alcanzar consensos sociales amplios causando inestabilidad económica y política lo que a su vez podría terminar incidiendo negativamente en la inversión.

*Reconocimiento social del TDCNR.* Esto implica implementar políticas públicas con el objetivo de que el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado contemple igualdad de género. En el citado informe de ComunidadMujer se propone enfocar las políticas en reconocer, reducir y redistribuir el TDCNR. Esta recomendación se encuentra en un marco de recomendaciones políticas llamada “las cinco R” propuesta por la Organización Internacional del Trabajo. Las dos R restantes serían recompensar y la representación.

*El IBES como orientador de la política económica.* El esfuerzo de Nueva Zelanda de construir un presupuesto fiscal guiado por la búsqueda del bienestar de la ciudadanía en vez de la maximización del PIB es un paso en la dirección correcta. A pesar de no utilizar explícitamente el IBES, sí se hace cargo de muchas de las dimensiones aquí mencionadas e incluye otras que no hemos considerado. Establece un enfoque que va más allá de la expansión del capital financiero/productivo, centrándose en la *calidad de vida* de las personas, con una mirada que incorpora una ética intergeneracional y de largo plazo. Es así como el “*Wellbeing Budget*” establece cinco ejes prioritarios de acción: (i) tomar en serio la salud mental, (ii) mejorar el bienestar infantil, (iii) dar apoyo a los maoríes. (iv) construir una nación productiva y (v) transformar la economía (sostenibilidad). De esta forma esperan recoger e incorporar en sus políticas públicas los 5 principios no negociables sugeridos por la nueva Economía del Bienestar: dignidad, restauración y protección de la naturaleza, conexión con el bien común, justicia y participación.

Para ello se debe abordar una de las principales falencias del IBES, que es la falta de datos sistematizados y la elaboración de una metodología razonablemente precisa, ya que el cálculo final de este indicador puede depender críticamente de las metodologías usadas para estimar los costos y

beneficios, de la decisión de qué costos y beneficios deben ser incorporados y de la disponibilidad de datos y estudios fiables.

Además del urgente cambio de mirada que debe operar en políticos, economistas, medios informativos y ciudadanía en general, este esfuerzo debe venir acompañado por una estructura institucional que sea capaz de sistematizar y construir series oficiales a partir de las cuales construir este indicador. Esto implica un esfuerzo conjunto de varias instituciones públicas e internacionales pero que podría radicarse en el departamento de estudios del Banco Central, del Ministerio de Hacienda o del Ministerio de Desarrollo Social. La elaboración de un informe público anual y su difusión también resultarán claves en la aceptación, comprensión y validación de este nuevo indicador. Es evidente que a nivel latinoamericano urge contar con este tipo de indicadores para así tener una visión más completa acerca de los procesos de desarrollo y abandonar el *fetichismo* del PIB que pareciera ser el paradigma aún prevaleciente.

El senador estadounidense Robert Kennedy, hace ya varios años (1968) señalaba:

*“Nuestro PIB tiene en cuenta, en sus cálculos, la contaminación atmosférica, la publicidad del tabaco y las ambulancias que van a recoger los heridos en nuestras autopistas. Registra los costes de los sistemas de seguridad que instalamos para proteger nuestros hogares y las cárceles en las que encerramos a los que logran irrumpir en ellos. Conlleva la destrucción de nuestros bosques de secuoyas y su sustitución por urbanizaciones caóticas y descontroladas. Incluye la producción de napalm, armas nucleares y vehículos blindados que utiliza nuestra policía antidisturbios para reprimir los estallidos de descontento urbano. Recoge (...) los programas de televisión que ensalzan la violencia con el fin de vender juguetes a los niños. En cambio, el PIB no refleja la salud de nuestros hijos, la calidad de nuestra educación, ni el grado de diversión de nuestros juegos. No mide la belleza de nuestra poesía, ni la solidez de nuestros matrimonios. No se preocupa de evaluar la calidad de nuestros debates políticos, ni la integridad de nuestros representantes. No toma en consideración nuestro valor, sabiduría o cultura. Nada dice de nuestra compasión ni de la dedicación a nuestro país. En una palabra: el PIB lo mide todo excepto lo que hace que valga la pena vivir la vida”*

Robert Kennedy cayó asesinado pocas semanas después de haber dicho estas palabras, y “*de haber declarado su intención de restituir la importancia de lo que hace que la vida merezca la pena*”.

Uno de los desafíos para construir una nueva narrativa económica pasa por redefinir lo que se entiende por progreso social y económico. Esta redefinición implica una comprensión más sabia acerca de las relaciones entre la esfera económico-productiva, el bienestar del espíritu humano, las desigualdades y la sustentabilidad del entorno ecológico que hace posible nuestra vida. El indicador aquí presentado y las reflexiones planteadas no alcanzan a recoger la amplitud y profundidad de la tarea requerida pero creemos que es un paso necesario en la dirección correcta.

## Referencias

Para una discusión acerca del uso de los límites del PIB como indicador de progreso económico y social un buen punto de partida es el “Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social” también llamado “Informe Stiglitz-Sen-Fitoussi”.

Para un cálculo previo del IBES para Chile, ver Castañeda (1999) "An index of sustainable economic welfare (ISEW) for Chile", *Ecological Economics*.

Para evidencia reciente acerca de la relación entre distribución del ingreso y crecimiento económico se sugieren los siguientes artículos:

Dabla-Norris, E., Kochhar, K., Suphaphiphat, N., Ricka, F., & Tsounta, E. (2015). "Causes and Consequences of Income Inequality: A Global Perspective". IMF Staff Discussion Note.

Berg, A., Ostry, J. D., Tsangarides, C. G., & Yakhshilikhov, Y. (2018). Redistribution, inequality, and growth: New evidence. *Journal of Economic Growth*

Para mayor evidencia acerca de la importancia de la igualdad en la calidad de vida de la ciudadanía, se sugiere el libro "*The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better*" de los autores Richard G. Wilkinson y Kate Pickett

Para profundizar en la relación entre ingresos y bienestar: Happiness, income satiation and turning points around the world, Andrew T. Jebb, Louis Tay, Ed Diener & Shigehiro Oishi

Para un estudio sistemático acerca del valor del TDCNR la referencia obligada para el caso chileno es el siguiente estudio: ComunidadMujer (2019). "¿Cuánto aportamos al PIB? Primer Estudio Nacional de Valoración Económica del Trabajo Doméstico y de Cuidado No Remunerado en Chile"